

lice la volubilidad y se aplique a las personas inconstantes y nada firmes. ¡Son unos veletas!, se dice despectivamente.

¡Veleta!, dice el hombre que es la mujer, y ésta le replica con una seguidilla:

*Me dijiste veleta,
por lo variable;
si yo soy la veleta,
tú eres el aire.
Que la veleta,
si el viento no la mueve,
siempre está quieta.*

Una adivinanza define la función de la veleta.

*Puesta en alta situación,
doy alma a mi pensamiento
y con certeza presento
la voluble dirección
del vocinglero elemento.*

Hay veletas que tienen su historia y tradición; entre las primeras hay que mencionar el giraldillo que remata la Giralda de Sevilla (Giralda es otro nombre de veleta con figura humana, y giraldillo si es más pequeña), que representa la victoria sobre el poder musulmán, pues sabido es que esta maravillosa torre fué el alminar de la antigua mezquita, y bajo el dominio cristiano se transformó, colocando el cuerpo de campanas. Dicen que el pacto con los árabes fué su conservación.

En la provincia de Guadalajara hay dos giraldillos famosos, y están en las torres de Arbeteta y Escamilla, que son dos pueblos inmediatos, y en los que se cuenta la siguiente leyenda: En Escamilla había una sacristana que estaba enamorada de un mozo de Arbeteta, con el que no la dejaban casar, y que llamaban "Mambrú", porque se fué a la guerra; estos dos amantes sólo se entendían con banderas, cuando la sacristana subía a tocar las campanas en la torre de su pueblo, y el novio se subía a la del suyo. Tan romántico amor quedó simbolizado en las veletas, y así, la de Escamilla tiene una forma de mujer, y la de Arbeteta una de hombre, y en todos los contornos son así famosas, la Giralda de Escamilla y el Mambrú de Arbeteta.

Bien merece que los arquitectos con-

serven la gloriosa tradición de las veletas y esmeren su gusto artístico en sus proporciones y simbolismos.

Queden para los Observatorios meteorológicos y Campos de observación en los aeródromos, los científicos anemoscopios con sus areómetros y areógrafos, que con toda precisión y elevados en globos sondas y aviones exploradores precisan, por la vital importancia en las navegaciones, la dirección y fuerza de los vientos en las altas zonas atmosféricas.

Dando prestancia y utilidad a las Casas de Dios y a las de los hombres, que de la veleta señera; a ella dirigen todos su constante mirada, pues de los vientos depende el porvenir de sus cosechas y la sanidad del ambiente por su temperatura y pureza.

Espiritual significación tienen las ve-

Convento francés en Gijón. El gallo, símbolo de vigilancia y, en este caso emblema del país. En las iglesias, con el gallo de la Pasión.

